

cómo votan los muertos

josé
carlos
agüero

**cómo
votan
los
muertos**

La Siniestra Ensayos es una editorial de ciencias sociales y humanidades. Apuesta por promover nuevos lenguajes y saberes para imaginar diversos rumbos en nuestro país y América Latina. Nuestro objetivo es desempolvar clásicos, convertir tesis en libros, impulsar traducciones y provocar debates.

Lo siniestro de nuestra labor es escapar de los espacios comunes y visibilizar temas pendientes que necesiten verdades, originalidad, pasión y buen juicio.

Pablo Sandoval

cómo
votan
los
muertos

josé
carlos
agüero

JOSÉ CARLOS AGÜERO
Cómo votan los muertos
Lima. La Siniestra Ensayos, 2021.
Colección Cuadernos rojos

78 pp.; 11 cm x 17 cm

1. DEMOCRACIA 2. CIUDADANÍA 3. AUTORITARISMO 4. PERÚ
5. DESIGUALDAD

Cómo votan los muertos

Primera edición: mayo 2021

Disponible en: lasiniestraensayos.com

© 2021, José Carlos Agüero

© 2021, Estación La Cultura

Para su sello *La Siniestra Ensayos*

Av. Fray Luis de León 391, San Borja, Lima, Perú

info@estacionlacultura.pe

Sello dirigido por Pablo Sandoval López

Dirección editorial: Melissa Pérez García

Corrección de estilo: Lenin Pantoja Torres

Diseño de colección: Carlos Yáñez Gil

Prensa y comunicaciones: Diego Bardález

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú:

2021-05049

Mayo 2021

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción y distribución total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, fotocopiado u otro; sin la autorización escrita de los editores, bajo las sanciones establecidas por la ley.

INTRODUCCIÓN

El Perú del 2021 será, sin duda, un hito en la memoria de los futuros peruanos, un pozo hondo en la línea de tiempo de varias generaciones. Quizá ahora no se aprecia con claridad, pero estamos afrontando una tragedia que, aparentemente, nos llevará al borde de la disolución como comunidad.

Muchas crisis antiguas, así como procesos de desintegración institucional y moral han coincidido y generado una especie de traslape de tiempos y de miedos. El vínculo social se ha hecho casi imposible. La realidad misma ha sido puesta en cuestión, incapaz de generar efectos más relevantes que muchas ilusiones, mentiras e imposturas discursivas.

La crisis política rompió el sentido mismo del gobernar, lo hizo imposible. En cinco años, se sucedieron cinco presidentes, cada cual peor que el anterior. En muy corto tiempo, un presidente fue vacado y a otro le dieron un golpe de Estado. Mafias se apoderaron de los espacios para ejercer el poder. La corrupción acabó por recobrar los niveles de institucionalización del periodo de la dictadura fujimorista en los 90 del siglo pasado.

Un capitalismo biológico se impuso como una naturaleza y eliminó, como un excedente, todo el sentido de dignidad, solidaridad y bien común que se había acumulado en décadas de conquistas sociales. La pandemia de COVID-19 trajo un horror que no se había conocido nunca antes en toda nuestra historia. Cientos de miles enfermaron y, al menos, ciento cincuenta mil murieron. El duelo inconcluso, arrastrado desde el periodo de violencia política, se extendió hacia el porvenir, interminable, cubriendo con su manto todo el mundo subjetivo.

El colapso sanitario y administrativo se volvió humanitario. Los grupos de poder, pese a la masacre de la población, por la enfermedad, pero, sobre todo, por la falta de amparo estatal, se resistieron a modificar su modelo económico neoliberal. Presionaron a los funcionarios para que las decisiones sobre la pandemia se tomaran dando prioridad a sus intereses; en la práctica, suspendieron el derecho a la vida de las personas, convertidas solo en piezas de un cálculo de probabilidades.

Conscientes, a su manera, de este marco de precariedad esencial, de esta casi absoluta falta de amparo por parte de las instituciones, los peruanos y las peruanas hemos luchado por sobrevivir y sustituir, con nuestros recursos, la inexistencia de marcos de referencia y autoridad. En medio de esta vivencia, con una profunda crisis económica y una pérdida de capacidad

de prever el más corto futuro, se han producido las elecciones generales.

Las elecciones reflejan, a su vez, este vaciamiento de sentidos. Pasan a la segunda vuelta dos opciones que, de pronto, configuran una paradoja. Ambas son indeseadas. A su modo, ambas representan tradiciones que han sido causa de este colapso. Pero, desprovista de la capacidad de elegir libremente, la ciudadanía se ve obligada a participar de un evento de autoinmolación colectiva. No puede evitar escoger a su próximo estafador.

En este momento, se impone una sensación de ansiedad, de conflicto, de confrontación que hace casi imposible cualquier ejercicio de discernimiento. Se impone el miedo. Y las elecciones, como una fatalidad, parecen colocar a todo un país ante un dilema sin solución. Elegir a Fujimori es optar por una mafia corrupta y antidemocrática que, además, representa la negación del cambio, que aparece como casi la única fuerza positiva en el horizonte. Elegir a Castillo es optar por un grupo improvisado, incapaz de superar una identidad progresista autoritaria que amenaza, además, con traer más incertidumbre a un país que no soporta un gramo más. Pero que al mismo tiempo representa la posibilidad de algún cambio, alguna reforma, alguna variación de las realidades posibles.

Una de las opciones creativas para vivir este momento, puede ser negarse a ser constreñidos por el

marco electoral y su esquema dilemático. Quizá no valga la pena habitar hasta el agotamiento y la culpa este cuadro, porque quizá no es falso y no tiene una solución correcta. Quizá lo mejor es directamente salir de él. Nuestro ser político, lo que haya quedado de él, no se agota en un voto. Hay luchas que valen la pena afrontar, y estas nos van a necesitar para recuperar algo de lo perdido en estas décadas de deshumanización.

Alguien me dijo: «¿cómo votan los muertos?, ¿cómo votan los familiares de los muertos por esta pandemia inacabable?». Es posible que estas familias quieran acabar con todo esto, reventar, lanzar todo por los aires. Desde allí, desde la posición más legítima para decir algo verdadero, es que podemos devolver al acto de elegir a su dimensión real, acotada, sencilla. Desde este lugar, ambos candidatos representan casi lo mismo: dos formas de mandar todo a volar de una vez.

Es esta aflicción la que debemos acoger. Eso es lo que está expresando el voto que nos duele como inaceptable. Acoger y, al mismo tiempo, aceptar en su modestia el acto de votar. No estamos resolviendo la Historia. De todos modos, alguien será el ganador. Aunque agravemos a nuestros semejantes o nos martiricemos con la sensación de complicidad, igual alguno de estos candidatos estará a cargo de la presidencia el año de nuestro bicentenario como república independiente. De todos modos, quien asuma el cargo será profundamente imperfecto, incluso destructivo. Pero

miremos un poco hacia atrás, con honestidad. ¿No es eso más o menos lo que pasa de modo regular? ¿Alguna vez tuvimos grandes ofertas a la mano?

Quisiera invitar entonces a algunas acciones: a detenernos brevemente para pensar y compartir; a votar sin ser chantajeados por el miedo, evitando sentir que nos hipotecamos como seres humanos en este ejercicio; a que optemos por el cambio, aunque seamos plenamente conscientes de que viene arropado por un pésimo agente; y, sobre todo, a que no nos dejemos atrapar por el marco de la paradoja electoral, que podamos identificar nuestras futuras demandas y que nos preparemos para recuperar, poco a poco, el control de nuestras vidas y destinos, sabiendo que, en los siguientes años, habitaremos este país con los que hoy están votando de un modo diferente.

*¿Quién ha matado este hombre
que su voz no está enterrada?*

MANUEL DEL CABRAL

Las elecciones en el Perú suelen tener algo de tragedia planificada. En las últimas décadas, pocas veces se han vivido como un gran momento cívico; han sido más bien modos en que algunas crisis de fondo han encontrado cómo posponer una resolución; o han funcionado como canales para aliviar la tensión social. Con el paso de los años, han perdido en calidad y ha crecido su carácter dramático. Votar por el mal menor ha dejado de ser un dicho para ser pueril realidad. Casi una costumbre. La adaptación a esta pobreza política nos ha traído graves costos, a la larga. La pandemia de COVID-19 es un problema mundial, pero el modo en que se ha vivido en nuestro país, en la práctica como si no hubiese Estado, solo ha pasado en muy pocos lugares¹.

1 Los datos sobre el impacto de la COVID-19 en el país son catastróficos. Según el MINSA, los contagiados a mayo de 2021 son más de un millón ochocientos mil personas, con más de

Las elecciones entre Pedro Castillo, un profesor y dirigente sindical de izquierda, y Keiko Fujimori, excongresista, hija del dictador Alberto Fujimori, de derecha, para muchos, ha llevado lo del mal menor a nuevos abismos. Las elecciones en primera vuelta ya habían mantenido a la población muy indiferente. No sería exagerado decir que se veían todas las opciones como ajenas, lejanas, de escasa calidad. Y más que eso, fuera de lugar, sin vínculo con la crisis sanitaria, el caos, la pobreza. Elegir entre estas opciones no parecía entusiasmar a un cansado y literalmente enfermo jurado ciudadano. Los resultados, donde ni los ganadores obtuvieron una votación comparable a cualquiera de las anteriores producidas este siglo, reflejó este desánimo².

66 mil muertes. Sin embargo, hay consenso en que se trata de un sub-registro y que la información que brinda el SINADDEF se acerca más a lo que estaríamos viviendo. Esta institución daba para fines de abril por lo menos 150 mil personas fallecidas por COVID-19. La comparación con otros países nos deja en un ranking penoso. Puede verse como ejemplo el cálculo que hace el Financial Times a inicios de abril de 2021, y que es recogido en una nota del diario *Gestión* con el título “Perú, el peor país del mundo en el manejo de la pandemia”: <https://gestion.pe/peru/ft-peru-el-peor-pais-del-mundo-en-manejo-de-la-pandemia-noticia/?ref=gesr>

- 2 En las elecciones de primera vuelta, casi se podría decir que todos perdieron o que ganó al que le fue menos mal. El au-

Conforme han corrido las semanas, sin embargo, se ha pasado del predominio de un enfoque de mal menor, que parecía llevar al desánimo y la parálisis, a otro donde sí ha prendido la contienda. Esta no deja de ser entre dos candidatos considerados malos; finalmente, no pueden haber cambiado de la primera a la segunda vuelta. Lo que ha cambiado es lo que los electores y los grupos de poder han agregado, han puesto en el escenario. Unos, los de a pie, parecen haber dejado de lado los sofismas sobre la calidad de los candidatos, y han ido en busca de ellos, los han construido para que representen, por lo menos, fugazmente, sus necesidades de identificación. Los otros, los grupos de poder,

sentismo fue muy grande, de alrededor del 30% del total de ciudadanos hábiles, lo que revela el poco entusiasmo frente a la elección (de 24 millones, no votaron 7). Pero si además tomamos los votos emitidos, sumando los nulos más los viciados se tiene un 18%. El ganador, Pedro Castillo, obtuvo menos, solo 15%; la segunda, Keiko Fujimori, cerca de 11%. En las anteriores elecciones del 2016, en primera vuelta y también sobre votos emitidos, el primer lugar hizo 32%, el segundo 17% y, muy cerca, el tercero con 15%. Se pueden consultar los resultados históricos en la página de la ONPE. Para las actuales, aquí: <https://www.resultados.eleccionesgenerales2021.pe/EG2021/EleccionesPresidenciales/RePres/T> Y para las del 2016, aquí: <https://www.web.onpe.gob.pe/modElecciones/elecciones/elecciones2016/PRPCP2016/Resultados-Ubigeo-Presidencial.html#posicion>

han decidido intervenir en la elección agresivamente y evitar que sus intereses corran cualquier riesgo³.

Que estemos en un escenario donde las identidades y aspiraciones se hayan puesto en acción es lo que le agrega la vitalidad que no tuvo en los meses anteriores y que no tuvieron las elecciones de años pasados. Una vitalidad enervante que no necesariamente produce virtudes. Quizá, por el contrario, más fácilmente tiñe todo el espectro de violencia o de su promesa.

Pero creo que hay algo más. La pandemia ha corrido el límite a la imaginación de la catástrofe. En un mar de muerte, enfermedad y desidia de la autoridad, entregada a ser testigo del colapso, lo peor que puede pasar ya ha pasado, o se está viviendo ahora mismo. Desde este moridero, votar tiene connotaciones mucho más relevantes que solo escoger un presidente. La primera quizá sea la más simple pero, a la vez, fundamental: votar será pasar lista y decir «¡presente!, sigo vivo». Y ese voto será una afirmación, una prueba de que aún habitamos este mundo. Ya sea para reconstruirlo, para acabar de destruirlo, para decir basta,

3 Para una crónica informada y ágil de esta toma de posición de los grupos de poder, en este caso de los grandes medios de comunicación, ver el reciente artículo de Carlos Noriega, publicado en el medio argentino *Página12*: “Elecciones en Perú: disparan contra Pedro Castillo. Los grandes medios hacen campaña a favor de Keiko Fujimori” en: <https://www.pagina12.com.ar/341850-elecciones-en-peru-disparan-contra-pedro-castillo>

para reventar, para cobrar revancha o para defenderlo de uno o todos los males, que parecen haber confluído este otoño de 2021 en nuestro cansado país, el Perú del año del Bicentenario.

UNA GUERRA DE SALVACIÓN

Quizá una de las razones para esta vivencia tan ansiosa es que se ha planteado en términos de una cruzada. Los involucrados la han abordado como una tarea de salvación, donde el ganar una elección no es un medio para hacerse cargo de la administración estatal, sino de salvar algo o todo, a uno mismo, a los seres queridos, a la patria, a la democracia, a la economía, a la propia existencia del país, que parece se juega su viabilidad. Por lo tanto, el llamado hacia los ciudadanos comunes y corrientes es a sumarse a la causa y cumplir con el deber.

Ambos candidatos se han presentado como propuestas salvadoras. Por lo tanto, identifican al rival no como un adversario, sino como un peligro. Y no como cualquier peligro –a eso estamos más o menos acostumbrados–, sino un peligro extremo, uno que puede provocar la extinción de todo lo que estamos acostumbrados a ser o lo que soñamos llegar a ser.

Y una cruzada contra el mal no tiene medias tintas. El grupo de Pedro Castillo manda el mensaje a sus

simpatizantes y al electorado de que su misión es rescatar al país del poder de los patrones, los empresarios avaros, los ricos desconectados del país, rescatar las riquezas nacionales de su expolio extranjero, defender el suelo y a la gente *de abajo y de lejos* de los limeños y las clases altas aliadas del imperialismo, y salvarla de Keiko Fujimori que, en esta coyuntura, personifica ese mal, el cual se expresa coyunturalmente, pero se lo entiende antiguo, centenario.

Explícitamente se usan imágenes como la del país milenario, la del pobre sentado en el banco de oro o variantes. No se trata, por lo menos en términos simbólicos, de una propuesta electoral de gobierno, sino de una propuesta de ajuste de cuentas con el tiempo, con la justicia negada, con algo que suena a un ansiado proceso de reformas profundas, estructurales, que por nostalgia puede, además, traer algún eco a revolución. Todo esto canaliza sentimientos, al apelar a dicotomías como los de abajo versus los de arriba. Las regiones versus la capital. Los pobres versus los ricos.

Se trata, pues, de un esquema muy viejo, muy simple, que se organiza de modo binario, estereotipado y, por momentos, pueril. Parece contener una mezcla de discursos en constante montaje, efervescentes, improvisados, contruidos con la mezcla de versiones del marxismo de manual, con sentidos comunes sobre los males del país, la herencia colonial, ejemplos poco

trabajados de los gobiernos bolivarianos y con algo así como un sentimiento anticolonial.

Hay mucho de negativo en construir una imagen o una identidad desde estos elementos. Pero quizá lo peor es que, para salvar, se debe creer y sentir que se está en lo correcto indudablemente. Que representas el bien. En este caso, que eres capaz de identificarte plenamente con un sujeto histórico tan trascendente como abstracto, que eres el intérprete del *pueblo*. Y en nombre de él, todo se podría permitir. Porque el pueblo hace la historia, no la explica. Lamentablemente, este tipo de identidad puede llevar como mínimo a una autosuficiencia y, en el peor de los casos, al dogmatismo, la intolerancia; posiblemente, al abuso de poder.

Si eso puede representar el mensaje del grupo de Castillo, Fujimori es su perfecto emparejamiento. De hecho, la identidad salvífica de Castillo le brinda la oportunidad a Fujimori de presentarse como la heroica defensora de los valores auténticos del país; y lo que es más extravagante y ordinario, de la democracia. Sí, en ese lugar la ha colocado el destino, o ha sido colocada por la identidad de Castillo, o por los azares de la historia. Y posiblemente funcione como elemento de campaña, por insistencia y repetición.

Esta posición de defensora de la democracia no se sostiene en ninguna razón, reflexión, antecedente o

verdad. Lo cierto es que el grupo de Keiko Fujimori es antidemocrático casi por definición. Se sostiene por el tipo de contexto de cruzada y por el miedo de los grupos que forman las élites económicas y mediáticas, quienes han decidido que juegue ese papel. Por loco que parezca y contra todo ejercicio de la razón. Tan absurdo como poner de adalid de las libertades a Mussolini.

La imagen o lo que puede estar significando o transmitiendo Fujimori, igual que Castillo, escapa a la disputa coyuntural. También parece encarnar una continuidad de defensa de la patria más antigua, una memoria que parece querer activarse. La lucha que dice encarnar la Fujimori sería un nuevo capítulo en la larga gesta de «la pacificación». Este discurso nos dice que, ante la amenaza terrorista de Sendero Luminoso en los 90, Alberto Fujimori y los militares salvaron a la patria y regresaron la democracia al país. Ante el nuevo peligro —un retorno avieso y taimado del comunismo—, reemprenden la tarea. Como otrora héroe viejo y retirado, el fujimorismo vuelve a buscar sus armas para cumplir con su sagrado deber, porque es su destino salvarnos (queramos o no).

Acá no importa la verdad, sino un tipo de memoria que ha permanecido latente en el país. Que los Fujimori no hayan derrotado a Sendero Luminoso y que, en vez de democracia, hayan instaurado una dictadura no es relevante porque los efectos sociales

de esta verdad son escasos. La memoria salvadora, en cambio, sí tiene efectos movilizadores de corazones, mentes y nervios.

La patria, otra vez atacada por lo que ellos presentan como el marxismo y el comunismo, y por el terrorismo implícito en esa línea de sensaciones, no puede sino merecer el retorno de su antiguo campeón. Fujimori ha abrazado ese regalo y se ha encargado de extremar el escenario de guerra del fin de mundo. O comunismo o democracia, plantea. Que, desde su discurso, es casi como plantear la vida o la muerte, la miseria o la riqueza, Venezuela o Estados Unidos, digamos.

Es una burla del destino que un grupo de poder antidemocrático, en este escenario, haya sido colocado —y se haya acomodado rápidamente, gustoso— en el lugar de paladín de la democracia. Es una clave que veremos luego: ¿hasta qué punto estamos viviendo un momento de disociación entre realidad social y llamémosles «consensos imaginarios sobre la realidad» que nos permiten seguir viviendo y que, incluso, podríamos evitar llamarlos fantasía colectiva?

Fujimori se parece mucho, en esta estructura de identidad o de mensaje, a Castillo. También nos va a salvar del mal; y para hacerlo, nos pide varios precios: que no recordemos quién es; que miremos a otro lado para no constatar la enorme cantidad de gente corrupta de la que está rodeada; que incluso finjamos que no

importa que acaba de salir de prisión. Más que olvido, nos pide pasmar la inteligencia.

Pero el precio de su propuesta es mayor. Para salvarnos, nos pide más. Nos pide mentir. Que compartamos con ella y su grupo el gesto inmoral. Que usemos las armas de la desinformación, los psicossociales, la estigmatización, el «terruqueo», el cinismo; que ejerzamos prácticas para instaurar y manipular el miedo, que abiertamente asumamos como válido, justo y necesario el juego sucio en la campaña electoral, como antes se pidió justificar la guerra sucia en el periodo de violencia política. El costo que pide Fujimori para salvarnos del fantasma del comunismo es nuestra degradación.

ALGUNOS LUGARES SUBJETIVOS PARA VIVIR LA PARADOJA

Una parte considerable de los que se expresaron en redes sociales, luego de la primera vuelta electoral, transmitieron, sobre todo, un pesar. Había sucedido lo más temido. Quizá las que se consideraban dos de las peores alternativas pasaron a la segunda vuelta. El pesar, a lo mejor, no fue tanto por las calificaciones de los personajes. En el enorme elenco de candidatos, hubo de todo: fascistas *new age*, autoritarios de derechas e izquierdas, corruptos sentenciados e investiga-

dos, delirantes y cínicos, lobistas y mentirosos. Pero Pedro Castillo y Keiko Fujimori no aparecían peores por estar debajo de esta valla. Fueron percibidos como peores porque exageraban una confrontación entre lo que parecía dos formas poco democráticas de canalizar posibilidades de izquierda y derecha.

Pedro Castillo ha sido percibido no como un izquierdista moderno, digamos una Michelle Bachelet o un José Mujica, para quedarnos en América Latina, sino como un rezago de los años 70 del siglo XX, un filo senderista y un aliado del socialismo del siglo XXI. Es decir, como una mezcla de estalinista, terrorista y chavista. Además, aparece como poco capacitado, muy deudor del jefe de su partido, el expresidente regional de Junín, Vladimir Cerrón, de mala reputación en el cargo, machista y condenado por corrupción. Además, se ve como nuevo e improvisado. Esto lo coloca, para muchos, en el país, básicamente, como un potencial déspota, un mal gestor de la lucha contra la crisis sanitaria y económica, y un extremista.

Por su parte, Keiko Fujimori es percibida como la encarnación densa de todo lo peor de las últimas décadas de la política nacional. Por ser heredera orgullosa de la dictadura de su padre, pero, también, por su propia actuación como cabeza de un grupo que ha saboteado la débil gobernabilidad, como propiciadora del último golpe de Estado de noviembre de 2020, y como parte de una organización que se llama política

pero que ha actuado, al mismo tiempo, como delictiva y corrupta. Las posibilidades de que, en un futuro gobierno, este personaje y su entorno, simplemente, sean lo que ya vienen siendo parecen auspiciar poca esperanza a lo que sea que esté sobreviviendo de nuestra democracia.

¿Qué hacer? Para un sector de peruanos no se trataba ya solo de votar por Verónica Mendoza y su programa de izquierda, o por George Forsyth o Hernando de Soto, de derecha, pero, al menos, no extremistas ni acusados de corrupción. Ya la primera vuelta se había vivido lánguidamente, incluso socarronamente, como un surreal concurso entre muchos males menores pequeñitos. Y resulta que se esperaba otro nivel de la paradoja: escoger entre los ganadores al trofeo de los males menores, los más malos de los menores males, si acaso eso ya tiene algún sentido traducible.

Frente a este cuadro, la situación para muchos se ha hecho insostenible. Se ha vuelto un dilema que, en estricto, solo se podrá solucionar con la no participación, o no votar o viciar el voto. Escoger acá aparece intolerable, porque, ante lo que se asume, será un gobierno que irá de incapaz a criminal. Lo que se pide a alguien en esta posición es que conscientemente se vuelva cómplice.

Este grupo, intuyo, debe de haber sido inicialmente el mayoritario. Hoy sigue siendo grande. Basta mirar la última encuesta de mayo del IEP para notar

el enorme número de gente que señala que no votará (2.5%) o que votará en blanco (23.6%)⁴; juntos suman 26.1%. Muy cerca de la intención de voto de Fujimori y Castillo, 29% y 36%, respectivamente.

Sin embargo, aunque esta indecisión sigue siendo importante, no parece ser ya el centro de la tensión, del estrés colectivo. Desde el 11 de abril a esta quincena de mayo, muchas cosas se han ido revelando, las cuales han ido definiendo un poco más terrenalmente los nuevos términos de la disputa. Ya no sería tanto entre males menores, sino entre los que imaginan la posibilidad de un cambio y los que se oponen a ellos. No importa ya quiénes son los que representan esto, ni si son males menores o mayores. Son los que son, los que existen. Y muy claramente se puede identificar quién representa qué. Tener candidatos buenos para definir esta lucha, en medio de un país enfermo de muerte y agonizante de décadas, se antoja ya no una exquisitez, sino un gesto rancio de quien no ha entendido el país⁵.

4 Ver los resultados de la encuesta publicados el 16 de mayo por el IEP aquí: <https://iep.org.pe/wp-content/uploads/2021/05/Informe-IEP-OP-mayo-II-2021-Intencion-de-voto-2da.-vuelta-Elecciones-Generales-2021.pdf>

5 Las razones para votar en segunda vuelta por Pedro Castillo, en la encuesta de abril del IEP, señalan varios aspectos positivos, como «por sus propuestas», «por ser como yo» y no solo los que son por negación, como «por ser el mal menor»,

No es el único lugar subjetivo desde donde se puede estar viviendo esta segunda vuelta. Es el corazón, el centro emocional desde donde está buena parte del país ahora. Pero también están los que enfrentan el dilema ocupando un lugar de superioridad, ya sea intelectual, moral, cosmopolita o, incluso, con un buen humor que otorga, si no distancia, al menos la posibilidad de colocarse un poco de perfil.

Ubicarse en estos lugares, suele otorgar cierta sensación de clarividencia. Muy posiblemente estos peruanos, que suelen ser una minoría, líderes con capacidad de influir, de tocar muchas redes, de generar corrientes de opinión, saben lo mismo que todos, y no escapan al marco político y enunciativo de lo dilemático. Pero no buscan tanto comprender lo que está pasando o lo que la gente va viviendo, de modo tan intenso, cambiante y complejo; más bien buscan interpretar a otro sujeto, este bastante trascendente: el país, los intereses del país. Pensar en lo que le conviene a ese país prometido por Basadre. Es una operación más o menos como esta: tenemos este par de candidatos horribles, tenemos este electorado más o menos horrible e incomprensible, tenemos que hacer que, a punta de consejos y pedagogía *in extremis*, este par de factores, al final, lleven a un producto que coincida, en

que sí priman en lo que se refiere a Keiko Fujimori. Ver en: <https://iep.org.pe/wp-content/uploads/2021/04/Informe-Tecnico-IEP-OP-Abril-II-2021.pdf>

lo posible, con los reales destinos que la república merece⁶. Es posible que vivir esta coyuntura, desde este lugar, mayormente, ayude a los demás, pues permite comparar lo real con algo modélico, y porque, en el ejercicio de cualquier oráculo que se lo tome en serio, suele haber buena fe. Hay quienes se esforzarán por ver en el dilema una oportunidad para vencer viejas taras y acercar más que desunir a los perúes enfrentados. O los que verán la oportunidad de por fin unificar las izquierdas y darle al Perú una reactualizada visión emancipatoria. Desde el otro espectro, estarán los que verán la oportunidad del modelo neoliberal de reformarse y ser menos excluyente y más redistributivo, y de acometer estos ajustes antes de que se produzca una explosión social como la chilena. Tampoco faltarán los más entusiastas que llamarán a la fiesta democrática desde algún lugar que directamente se salta el dilema planteado y casi toda la realidad observable. Y no menos importante, estarán los pragmáticos, los que llamarán a defender el voto, a venderlo caro, a exigir a los candidatos ciertos requisitos que sean lo mejor, no para ellos, ni sus grupos de poder, ni sus votantes, sino para el país, la república, la democracia, la historia.

6 Sobran los ejemplos en los medios de comunicación, los diarios, las redes sociales, donde periodistas, investigadores y expertos diversos se esfuerzan por moderar o domesticar a estos candidatos chúcaros y, a su vez, educar a los electores para que sean más activos y vigilantes.

Algunos interpretarán a estos últimos como ingenuos, otros, con suspicacia, como útiles para «lavar la cara» y transformar, hacer aceptable lo inmoral. Todo puede ser, pero es posible que pedir méritos, auscultar los planes, pedir moderación, exigir que se presenten los equipos técnicos, demandar que los candidatos juren, que firmen, que se den golpes en el pecho, que proclamen, etc., etc., no importa con qué intención se haga, acabará siendo útil en algún momento.

Bienvenidas, entonces, estas formas de vivir el momento; finalmente, es parte de la función social de los intelectuales, de algunas instituciones como la academia, las ONG, los líderes de opinión, de las personas con capacidad de influencia en todos los niveles, en las redes, en los barrios, en los grandes medios y en las radios locales y los pueblos.

Al menos en ellos hay buena fe. Hay otra forma de vivir el momento que también encuentra que estamos ante una oportunidad. Pero que parece haber esperado este momento grave para herir de mala forma la democracia y hacer avanzar fuerzas antihumanistas. La agresividad acá toma niveles altísimos, tanto en el lenguaje, como en el sentido. Hay una especie de ejercicio de mediación entre la patria y ellos, o quizá más que mediación, hay incluso una proclama de encarnación de estos altos destinos, que solo puede ser inquietante.

Si en los influencers intelectuales puede haber buena fe y algo de ingenuidad, su tarea parece desear un futuro más democrático, o al menos más inclusivo. El grupo antihumanista desea restaurar un tiempo donde no existían los derechos humanos como limitantes al poder de los grupos dominantes y del Estado, y donde los «valores» ya estaban prescritos por una supuesta tradición casi revelada, y debían garantizar lo correcto: un tipo de familia, un tipo de civilización, un tipo de progreso. Restaurar un tiempo donde la patria tenía un destino manifiesto y había grupos legitimados para interpretar y tutelar que se cumpliera.

Para estos grupos, esta crisis, este evidente fracaso de la institucionalidad, les brinda un escenario productivo para su arremetida reaccionaria. Leen las últimas décadas como un desvío, una perversión del recto destino. Puede que entiendan que es momento de aprovechar el colapso y retomar la buena senda. En este sentimiento hay poca reflexión, hay más ajuste de cuentas, deseo punitivo y correctivo. Van a corregir a las personas y a la historia.

Parte de estos peruanos seguramente votaron antes por Rafael López Aliaga⁷, y ahora lo harán por

7 Rafael López Aliaga, un candidato fascista derrotado en primera vuelta, al comienzo, vaciló en la misma paradoja que todos los demás. Era comprensible, pues tanto Castillo como Fujimori tienen rasgos conservadores que le son caros. Pero luego ha saltado la garrocha a tal titubeo, y ha pasado directa-

Keiko Fujimori. Dejan de lado a los grupos de poder económico, militar y mediático, que además se entrelazan, cuyas expresiones se pueden explicar más directamente por reacción a la amenaza a su dominio; en otros sectores de la población, este sentimiento puede empatar con otras razones.

No es absurdo pensar que hay una fuerte sensación de precariedad e inestabilidad del presente, de la capacidad para influir en la marcha de la propia vida, incluso a la peruana, que es un modo muy de ir improvisando. Si no se puede gobernar la vida en el presente, el futuro aparece demasiado incontrolable. La sensación de que nada de lo que hagamos acumula sentido, ni interfiere en lo que nos pasará o le acontecerá al país, puede generar la sensación de impotencia y frustración. Hay razones coyunturales para sentirse así de desvalido: la pandemia, la pérdida de empleo, las deudas y el empobrecimiento, sobre todo, urbano. Y otras razones de más larga data: la escasa movilidad social, la clara sensación de crecimiento económico y desigualdad, la

mente a pedir la muerte de Castillo y Cerrón en un mitin público y grabado en video. Sin tapujos. Digamos que es el que, de todos los actores protagonistas de esta coyuntura, parece estar expresando, honestamente, algo de lo que la realidad social ofrece. No está detenido en el pacto de irrealidad que los demás hemos convenido en sostener desde hace tanto tiempo. Por ello, quizá, sea quién más futuro tenga en el tiempo que se viene.

corrupción que aparece como una fatalidad, la política que está absolutamente desconectada de la ciudadanía, la que en la práctica actúa como una casta sobre la que el ciudadano no tiene ni la más mínima influencia. Y la economía neoliberal, que ha terminado por convertirse en un elemento de la naturaleza, no como parte de lo social, sino como un universal; no depende de ningún factor que tenga que ver con las personas.

Ante tantos elementos impermeables a la agencia de los sujetos, ¿qué sentimiento puede albergar una peruana o un peruano respecto de su papel frente a la marcha de los acontecimientos? Todo le parecerá una amenaza que incrementa la precariedad. Creo que mucho de esto se manifiesta como pérdida. Si antes se tenían derechos, ahora apenas si hay bonos para no morir de hambre. Si antes se tenían partidos, ahora hay grupos de interés por los que, de todos modos, hay que votar, aunque se tenga certeza de que serán tramposos.

Esta sensación de precariedad y pérdida podría llevar a muchas personas a defender algún tipo de pasado idealizado. Los desplaza hacia posiciones conservadoras. Intentar recuperar algo de sentido. Algo de control. No se podrá controlar el mercado de valores, el riesgo país, los fondos buitres, ni la voluntad de los políticos, aunque uno los elija, pero se podría controlar, al menos, que «los valores» no se pierdan por completo. Recuperar la familia tradicional, re-

pudiar la diversidad sexual, el enfoque de género, las memorias disidentes; salvar la mano dura del padre, la masculinidad puesta en crisis, la identidad nacional amenazada por migrantes; recuperar, defender, parar esta hemorragia de todo lo que, al parecer, otorgaba un poco de sentido a las vidas.

El voto de muchas personas por Keiko Fujimori puede que esté canalizando una necesidad de seguridad, de regreso a lo viejo conocido, de temor al futuro, porque aparece ingobernable. El cambio que parece representar la candidatura de Castillo no se vive desde este sector con esperanza, sino como un elemento que agrega más caos, más inestabilidad. El futuro ya es temible, pero si viene con explícitas promesas de cambiar más lo que ya es tan ajeno e incontrolable, incluso de modificar lo que aparecía como estable y natural (la política económica), el futuro aparece más que solo temible, se convierte en una amenaza. Una gota que rebalsa el vaso de la incertidumbre.

MUCHOS TIEMPOS CONVERGENTES

La segunda vuelta entre Keiko Fujimori y Pedro Castillo no trae alivio, ha instalado la ansiedad y el miedo. Y también, en no poca dimensión, una agresividad que parece tener hondos anclajes, que incluyen racismo, clasismo, regionalismo y estigmatización. Y

por raro que parezca, simultáneamente, indiferencia, profundo desapego, desinterés. Esta sensación se podría resumir así: “no me importan estas elecciones, pero, si no votas como yo, eres mi enemigo”.

Así que, después de todo, sí importan. Pero podrían estar importando de un modo no tan evidente. Pareciera que algunos asuntos muy importantes se estuvieran poniendo en juego de un modo soterrado, como si, además de las propuestas electorales evidentes, se estuviera discutiendo, también, una agenda oculta.

Está claro que el contexto es de crisis, que estamos casi ante un colapso social, sanitario e institucional. Eso ya le da a la coyuntura electoral una particularidad. Pero parece que hay más que eso. Que hay algo como una gran crisis de irrealdad. Y que eso es lo que hace que todo se viva como una paradoja o un absurdo o una ilusión. Y sea casi intolerable emocionalmente.

El taxista que me lleva a un local para reparar mi laptop me dice que votará por Keiko Fujimori, porque el otro señor le causa temor. Le pregunto si es porque nos podríamos volver una Venezuela. “No, no —me aclara—, lo digo por el terrorismo, por sus relaciones con esos grupos. Yo viví esos años. Mi papá trabajaba en un club en San Isidro en los 80, donde pusieron bombas con dinamita y anfo. Recuerdo todo. Cómo

se sentía en el estómago. El temor a salir a la calle. Nunca deberíamos regresar a esos tiempos”.

Mi casera de la frutería me dice que ella votará contra Keiko, porque la dictadura de su papá, en los años noventa, fue el inicio de lo que ahora estamos viviendo, con tanta corrupción y sin servicios, sin salud, sin educación. Le pregunto si no cree que la hija sea algo diferente al padre. Me mira sorprendida, me da mis mandarinas, le regala un plátano a mi hija y me explica, sonriendo por debajo de la mascarilla: “Ella misma dice que son los mismo, ¿no? Si ella misma se ve como una sola cosa, qué quiere que diga yo”.

Mario Vargas Llosa escribe una columna donde llama a votar por el mal menor⁸. Dice que lo hace a su pesar, que ha sido un rival del fujimorismo desde 1992, pero que, frente al peligro del comunismo y la posible pérdida de las libertades que se pondrían en riesgo por un triunfo de Castillo, no nos queda otra. Lo curioso es el modo en que interviene en el debate. Suena muy alejado de las circunstancias del país, de su dinámica actual, incluso de su desconcierto. En medio de tantos miedos, se enfoca en pelear contra el comu-

8 Mario Vargas Llosa, «Asomándose al abismo», columna publicada en el diario *La República* el 17 de abril de 2021. Puede leerse la columna en este enlace: <https://larepublica.pe/domingo/2021/04/17/columna-de-mario-vargas-llosa-asomandose-al-abismo/>

nismo, contra contra un peligro del siglo XX. ¿Qué representa este retorno a un lenguaje de la guerra fría?

Puede parecer que en el Perú la explicación a este temor sería obvia al tener una historia tan fresca de violencia política, que tuvo como protagonista al Partido Comunista del Perú–Sendero Luminoso. Pero es bastante dudoso que, en la mentalidad de la gente, Sendero y el comunismo suenen como sinónimos. En la imaginación de nuestra historia reciente, Sendero Luminoso es el terrorismo. Su nombre fue recortado quitándole lo de «partido» y lo de «comunista» y, en este proceso, también se lo expulsó de la tradición de la historia de la izquierda en el país, apareciendo como un fenómeno aberrante, como decían Carlos Iván Degregori y Steve Stern: «fuera de la historia»⁹. Incluso, llamarlo por su nombre completo suele ser interpretado como una especie de concesión, casi de apología.

De hecho, es muy posible que la historia del socialismo y del comunismo en el país –a su vez, depurada de ese mal elemento que podría haber sido Sendero Luminoso– no tenga tan unánime mala fama. La figura central de la historia del socialismo en el país, José Carlos Mariátegui, no es para nada considerado

9 Mencionado por Steve Stern en la introducción de *Los Sendero insólitos del Perú*, Lima, IEP-UNSCH, 1999; profundizado por Carlos Iván Degregori en *Jamás tan cerca arremetió lo lejos. Sendero Luminoso y la violencia política*. Obras Escogidas volumen 10, Lima, IEP, 2015.

un villano o un sujeto negativo. Todo lo contrario, mantiene un enorme peso como símbolo de la justicia social y es considerado como uno de los más importantes pensadores del continente¹⁰. Más bien, sorprende el modo en que ha sobrevivido casi incólume a la decadencia de la propia izquierda nacional y mundial. Y quizá es aún más sorprendente esta vigencia si pensamos que su nombre fue asociado directamente al periodo de violencia política. «Por el Sendero Luminoso de José Carlos Mariátegui» fue una frase empleada por un órgano de difusión del Partido Comunista del Perú dirigido por Abimael Guzmán, la que, recortada, otorgaría su nombre coloquial a Sendero¹¹.

10 Solo como un ejemplo de su vigencia y no solamente como parte de la cultura política, sino del imaginario y la iconografía nacional, recordemos que hace muy poco, en 2019, se presentó una enorme muestra llamada «Redes de vanguardia: Amauta y América Latina, 1926-1930», inaugurada en la feria ARCOmadrid, y que fuera exhibida luego, entre otros lugares, en el MALI. Se puede conocer algo de ella en este sitio: <https://mali.pe/portfolio-item/redes-de-vanguardia/>

11 Claro que hay razones para esa diferencia de suertes entre Sendero Luminoso, considerado casi unánimemente como un grupo terrorista dañino para la sociedad, y José Carlos Mariátegui, a quien aún se lo llama con respeto y cariño El Amauta. El uso de las ideas de Mariátegui por parte de Sendero Luminoso fue inicial, superficial y utilitario. Sendero Luminoso abandonaría toda referencia a Mariátegui conforme fue desarrollando la doctrina que conocemos como «pensamiento Gonzalo». Ver para este tema un buen artículo

El clasismo, sospechamos, no es para nada una cultura política en decadencia en el país. Puede haber sufrido muchas transformaciones en los últimos años, en interacción con nuevos lenguajes y con la aparición –pero no reconocimiento– de nuevos sujetos sociales, como las organizaciones indígenas, los veteranos de la guerra, los exsoldados, los exmiembros de comités de autodefensa, y también los exsimpatizantes o integrantes de las organizaciones subversivas. No es exactamente el mismo lenguaje clasista de los años 70 y 80 del siglo XX, aunque ha dejado hondas marcas como se puede apreciar en cualquier foro con autoridades gremiales regionales. Es, más bien, una mezcla de muchos lenguajes vinculados a diferentes momentos progresistas, por decirlo así, donde hay elementos de la multiculturalidad, el ecologismo, el neocolonialismo, el enfoque de derechos y, también, una especie de revitalización del andinismo o formas de indigenismo patriótico. Esta es una mezcla densa, viva, que no necesariamente produce pensamiento crítico, y que incluso puede llevar a ideologías muy conservadoras, como por ejemplo las que portan los

de Mariano García de las Heras: «El eventual legado de Mariátegui en la composición ideológica de Sendero Luminoso», en *Araucaria*, 2020. Puede verse acá: https://institucional.us.es/revistas/Araucaria/43/4. Mariano_Garc%C3%ADa_de_las_Heras_Gonz%C3%A1lez.pdf

reservistas organizados en el grupo Etnocacerista¹². Pero que también ha habilitado una gramática antigua y básica para quienes en el país han requerido en las últimas décadas reclamar derechos.

Pero, además, tenemos el enorme peso del sector magisterial, peso en términos demográficos, pero también de influencia en los territorios y en su articulación con otras redes sociales de base. El clasismo tampoco es ajeno a muchas autoridades locales y funcionarios, en provincias, sobre todo, de la sierra sur y central. En este sentido, lo que se ha llamado tradición radical o, de modo más modesto, discurso clasista, mantiene su presencia como cultura política¹³. En una recién-

12 Para una interesante mirada detallada sobre el universo de los veteranos de guerra peruanos, se puede leer el artículo de Carla Granados que, además, tiene el valor de referirse a una reciente coyuntura electoral. Publicada originalmente en el portal de Noticias SER, se puede ver aquí: <https://sociologiaenlaunifsc.wordpress.com/2020/01/29/el-voto-ignorado-de-los-excombatientes-por-carla-granados-moya/>

13 Para una reflexión sobre lo que se entiende por tradición radical, se puede leer el ensayo de José Luis Rénique: *Incendiar la pradera. Un ensayo sobre la revolución en el Perú* (Lima, La Sinistra Ensayos, 2015). Actualmente, hay muchos trabajos que, desde distintos enfoques, reflexionan sobre la cultura política del magisterio peruano y de su sindicato, el SUTEP; entre ellos, los trabajos de Alan Angell, Balbi, Gonzalo Portocarrero, Patricia Oliart, Julio Vargas, entre otros. Para un trabajo específico sobre los maestros y sus recuerdos e interpretaciones del periodo de violencia política, los que publica-

te mesa de conversación, una profesora comentó que para ella lo que asustaba a la gente de Lima era el uso de un lenguaje que obligaba a mirar la existencia de clases y la desigualdad. Y que, aunque los profesores sabían que ese lenguaje no estaba «bien visto» en el espacio oficial, estaba muy vigente en lo que ella llamaba el diario, el uso cotidiano.

El candidato Pedro Castillo es un profesor que, además, es dirigente sindical, y que no ha tenido empacho en usar este lenguaje, en reintroducirlo en el espacio hasta hace poco vedado por los grandes medios y la «gran política». Sería un abuso decir que ha sido recibido con regocijo por la mayoría de la población. Basta ver su poca votación en primera vuelta. Pero es interesante observar que, por lo menos al inicio de la campaña por la segunda vuelta, las encuestas mostraron una enorme preferencia electoral por «El profesor», y las razones que se dieron para dárselas incluyeron su identidad, no solo su carácter de mal menor, algo que sí era notable en el caso de la candidata Fujimori. Creo que es significativo que el sello personal, su frase para mostrarse confiable y distinto a los demás políticos, sea «palabra de maestro».

En las últimas semanas muchísimas personas me han preguntado qué tan cierto es que Pedro Castillo

mos ya hace unos años junto a Ponciano Del Pino, Francesca Uccelli, María Angélica Pease y Tamia Portugal, *Secretos a voces y Atravesar el silencio*.

sea del MOVAREDEF o que esté cercano a este grupo¹⁴. Los que me preguntan realmente quieren sacarse esa duda. Entienden claramente que Castillo, su grupo político y el jefe de ese grupo, el exgobernador de Junín, Vladimir Cerrón, son de izquierda, e incluso de una izquierda entre extremista y dogmática. Pero eso no les preocupa tanto. Este particular grupo de personas quiere descartar apoyar de alguna manera a una prolongación de Sendero. Darle un voto, aunque sea indirecto. Darle aire a ese fantasma terrible que debería seguir bien muerto.

La idea de comunismo como una figura del mal es más vieja, tiene otra genealogía. La persecución del comunismo como enemigo del mundo occidental y su civilización, lleva a otras memorias y tradiciones. Persecuciones, prohibiciones, organismos y militancias proscritas. Una historia de macartismo que se exagera luego de la segunda guerra mundial. Que se renueva en los 60 y 70 con la revolución cubana y la aparición de las nuevas izquierdas latinoamericanas. Y me parece que, en el Perú actual, sobretodo, se vincula al gobierno de Velasco y la reforma agraria. Velasco no era comunista, es más, era anticomunista. Lo que creo es que el recuerdo del tipo de gobierno que hizo le suena a la gente al comunismo real, a la práctica, y no

14 El Movimiento por la Amnistía y Derechos Fundamentales (MOVAREDEF) es una organización política con vínculos cuando menos ideológicos con Sendero Luminoso.

solo el discurso de las reformas estructurales, y donde por un tiempo, las élites nacionales perdieron la hegemonía sobre las decisiones de máximo orden y fueron afectadas en su patrimonio. Todo eso configura esa memoria del comunismo, o de «lo rojo», más allá de que Velasco en la práctica se haya cansado de detener y deportar a militantes de los partidos de izquierda. Por eso sugerimos que este comunismo invocado en este otoño del 2021, es otro tipo de fantasma. Uno que no es el terror de la violencia política, sino el de la pérdida de la posición de dominio por parte de los grupos de la élite nacional.

En un mitin reciente, tanto el candidato Castillo como quienes lo rodeaban entre los organizadores, anfitriones y público reunido, se ubicaban dentro de un proceso histórico en el que los nombres invocados eran Manco Inca, Juan Santos Atahualpa y sobre todo Túpac Amaru II. Me parece que también se invocó a Micaela Bastidas y al general Velasco. Luego hay un salto hacia adelante, hasta el presente. Lo que unifica a esas figuras en ese relato es su carácter de resistentes, de rebeldes y de ser representantes de lo que ahora se llama los subalternos. Gente que estaba dispuesta a quebrar una hegemonía injusta y antigua.

Keiko Fujimori ha expresado a su vez en mítines y declaraciones, que ella también se entronca con la historia del país. Que su candidatura no es una simple campaña electoral, sino que ya es en sí misma un

episodio más de la épica de la pacificación. Ella invoca a todos los que lucharon en el pasado contra el peligro del terrorismo, a los militares, los policías, a los líderes epónimos como su padre, y, sobre todo, a los ronderos. Los héroes, los triunfadores, los que están de su lado.

Los héroes derrotados están del lado de Castillo. Si los Santos Atahualpa, Bastidas o Túpac Amaru II representan además a los rebeldes, a la gente común, al pueblo, son la parte del pueblo mítica y melancólica, los derrotados. Fujimori tiene de su lado a los héroes del pueblo victoriosos, guerreros, fuertes, actuantes. Los Comités de Autodefensa están con ella y ella con ellos. Juntos, dicen ser una garantía frente a las amenazas del terror del pasado. Lo han derrotado antes. Lo volverán a hacer. Y qué dios nos salve de estos salvadores.

Todos los tiempos aparecen mezclados y desarreglados. Y coincidiendo en un momento donde el propio tiempo parece acelerarse y concentrarse, ponerse más denso. Casi parece que en estas elecciones no se elige presidente, sino que se juzga a la historia o se la dirime, a punta de votos.

Este desarreglo temporal se vive también en detalles más culturales. La música y las frases de pronto han cobrado importancia en esta sopa de desajustes temporales, de malas intenciones y de ansiedades. Una periodista con bastante influencia quiso igualar a Pe-

dro Castillo con Sendero Luminoso por el uso de una canción emblemática. Por increíble que les parezca a otros millones de peruanos que conocen muy bien casi desde que nacen el huayno en cuestión, la famosa *Flor de retama*, ella lo identificó como un himno de Sendero Luminoso. Hubo una fuerte reacción en redes sociales que tuvieron que explicar lo obvio: que la canción, la letra de la canción, se refiere a otra época, a Ayacucho, sí, a Huanta, sí, sitios que ya tienen su propia densidad, pero a otra violencia, alude a 1969, a otras víctimas, a otros abusos, estatales, por cierto.

Otra periodista, igualmente influyente, también encontró que Pedro Castillo y sus seguidores cantaban otro himno de Sendero Luminoso. Y lo anunció como una prueba clara de su vínculo. Es casi lo mismo que en el caso anterior, pero tuvo menos repercusión, pues la canción señalada no era muy conocida y no tocaba tantas fibras como *Flor de retama*. Se trataba de un tema viejo, con historia dentro de los sectores progresistas o antifascistas en el mundo. Un himno de los maquis durante la resistencia al franquismo, de las décadas del cuarenta y el cincuenta, y que ha tenido muchas adaptaciones, incluida las que se han cantado en el Perú. Por cierto, también la cantaban los senderistas. Pero esto tiene más que ver con que —para bien y para mal— Sendero comparte un horizonte y un acervo cultural de izquierda junto con otros miles de organizaciones del planeta y del país. Es, por donde

se la mire, en su forma de acusación, un despropósito o un intento de manipulación de la opinión pública. Solo exagerando un poco, como acusar a alguien de ser un promonárquico borbón por cantar *Mambrú se fue a la guerra*.

Otro ejemplo de cómo todo se ha mezclado, incluso de modo surreal, es la forma en que Álvaro Vargas Llosa quitó todo valor al documento suscrito por Pedro Castillo y la lideresa de izquierda, Verónica Mendoza¹⁵. Lo más bizarro fue escucharlo exaltado denunciar cómo había logrado identificar una frase usada por Hugo Chávez, y que estaba incluida en el documento. Allí estaba la prueba de la trampa: «Me comprometo a que no daré descanso a mi brazo, ni reposo a mi alma hasta haber honrado mis promesas de transformación social». Es cierto que tal lema lo usó Chávez, y muy posiblemente esto lo sepan tanto

15 En realidad, se trata de dos documentos. Uno es, específicamente, suscrito con el partido Juntos por el Perú y Nuevo Perú, representados por Verónica Mendoza, llamado «Por la refundación de nuestra patria con soberanía, justicia e igualdad». Y el segundo, más amplio, es dirigido hacia la ciudadanía, llamado «Compromiso con el pueblo peruano». Ambos fueron suscritos el 5 de mayo de 2021. Se pueden leer íntegramente aquí: <https://larepublica.pe/elecciones/2021/05/06/elecciones-2021-pedro-castillo-busca-dar-garantias-mediantediez-compromisos-pltc/>

Cerrón como Castillo. Pero también es cierto de que se trata de una bella frase del libertador Simón Bolívar, parte de su muy famoso juramento del Monte Sacro, que hizo de joven, en 1805, «¡Juro delante de usted, juro por el Dios de mis padres, juro por ellos, juro por mi honor y juro por mi patria, que no daré descanso a mi brazo, ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español!». Así dice una de las versiones más conocidas. Y su interpretación es clara. Se refiere a un Bolívar profundamente comprometido por las causas de la libertad que la ilustración y la revolución francesa habían dejado sobre él. No sé, dudo, que Castillo o Cerrón tengan mucha claridad sobre este origen; sin embargo, no se puede descartar. Es más probable que pertenezca a una memoria izquierdista, en este caso bolivariana, compartida por estos personajes. Es decir, es más algo que los une a una fuente de cultura y referencias progresistas que algo que los señala como conspiradores. Porque eso, así de extravagante, es lo que señala Álvaro Vargas Llosa. Dice que no duda que esa frase haya sido incluida «en consulta con Caracas»¹⁶. Y que, por tanto, esto hace del documento algo falso y tramposo.

16 La entrevista del diario *Perú21* a Álvaro Vargas Llosa, que luego fue portada de su edición impresa, puede verse en este enlace: <https://youtu.be/K8k2kKdiXF8>; la referencia específica a que se haya coordinado el texto directamente con Caracas, aparece en el minuto 8:15.

EL MIEDO, TODOS LOS MIEDOS

La posibilidad de un triunfo de Pedro Castillo no solo ha generado esta crisis temporal. Ha traído una tremenda explosión de racismo. En redes sociales se puede acceder a una avalancha de agravios discriminatorios, diariamente. Básicamente aluden a la condición indígena del candidato, y desde allí, a lo que podemos llamar una serie de propiedades negativas que se le desprenden por ser quien es. Y que, de paso, se prolongan hacia quienes votan por él, por lo menos a una parte de estos electores.

Los agravios racistas describen a un personaje de este tipo: a) indio, b) ignorante, c) incapaz, d) manipulable, e) rural, f) pobre, g) indigno de altas funciones, h) propio de oficios y servidumbre, i) motoso o mal hablante del idioma, j) huachafo, k) desubicado, etc. Las fuentes son casi interminables, pero veamos algunos ejemplos tomados de redes sociales y foros:

«Quién chucha es Pedro Castillo y por qué no está limpiando mi baño?».

«Ya sé que no suena muy democrático, pero ¿no se podría eliminar el voto rural?».

«Todos los Quispe de mierda votaron por Pedro Castillo».

«Cholos recios de mierda»

«Puro cholo de mierda vota por cagadas como PC porque los coneros y la pobreza son más que la clase media alta».

«Los únicos responsables aquí son los quispes y los mamanis».

«Afirmo mi posición. Debemos independizar la costa. Lima sí se puede. San Isidro, sí es posible».

«A mí no me gobierna un serrano misio».

«Después de este día sinceramente la gente de la sierra y de asentamientos humanos no deberían tener acceso al voto».

«Con todo respeto, esta huevada es culpa de los provincianos desinformados y/o por los que votan por él por ser humilde, papi, el provinciano es mañoso, se hace el huevón, es terrible pendejo».

«¿Y por qué no está cuidando mi chacra?».

«Si el país se vuelve comunista será por culpa de los serranos».

«Esos serranos se reproducen como cancha. Ese misio tiene nueve her-

manos. No quieren trabajar quieren ser mantenidos».

Un agravio racista, una suma interminable de ellos, no son exabruptos. Representan una visión de la interacción social afectada por la negación, por la relación de dominio. Quien entra en contacto con otro, tiene cierta idea prevista de esa interacción. En muchos peruanos, esta interacción espera que se imponga el poder simbólico de uno de los intervinientes. Y la verdad es que participamos del intercambio social cargados de diferente poder.

El poder de todos los que no se identifican con alguien como Pedro Castillo o sus votantes es el de ser capaces –impunes– para exponer la supuesta inferioridad de sus interlocutores. Es decir, para sentirse dueños del espacio comunicativo. Y con la legitimidad de expulsar, por lo menos discursivamente, a los que no cumplen con los requisitos para ser considerados dignos. Este esquema produce discriminación, racismo, estigmatización. Pero quiero llamar la atención sobre esto: aunque se quiere demostrar fuerza mediante la agresión, este tipo de actitud, sobre todo, expresa miedo. Miedo al que se imagina distinto, al que se supone resentido, y al que se espera, alguna vez, cobre revancha.

Quizá lo más interesante de esto es comprobar que, lentamente, cambian algunas estructuras. Este

tipo de conducta, de desacreditación, ha sido estudiada por Alberto Flores Galindo, Marisol de la Cadena, Cecilia Méndez, entre otros, pero para referirse al siglo XIX. Como muestra Méndez, la idea de lo que sería lo «nacional peruano» se iría plasmando en eventos fundacionales, como el periodo de la Confederación Perú Boliviana en los años treinta del siglo XIX. El racismo con el que la élite limeña se opuso al proyecto dejaría una impronta duradera en nuestra mente, en nuestro lenguaje y en nuestra subjetividad¹⁷:

«Que la Europa un Napoleón
Pretendiese dominar
Fundando su pretensión
En su gloria militar
Qué tiene de singular?
Mas, que en el Perú lo intente
un indígena ordinario
Advenedizo, indecente,
Cobarde, vil, sanguinario,
eso sí es extraordinario»

Otro ejemplo que enfatiza el mal manejo del castellano por los indios a los que Santa Cruz representaba en el imaginario limeño, así como su evidente

17 Citados por Cecilia Méndez en su ensayo *Incas sí, indios no. Apuntes para el estudio del nacionalismo criollo en el Perú*. Documento de trabajo 56. Lima, IEP, 2000, pp. 16-18.

despropósito de querer ser autoridad, de salirse de su lugar, está bien expresado en este texto de Felipe Pardo y Aliaga:

«Farsante de Belcebú
No ves que á tu madre aquejas
¿Por qué hombre, el Bolivia dejas?
¿Por qué buscas la Pirú?
...¿tal ambición no da risa?
Qué este Alejandro Huanaco
extiende hasta el Juanambú
sus aspiraciones viejas!
...La cosa no está sencillo
vos tu suerte no conozco:
¿piensas bañar la Chorrillo
porque ya entraste la Cozco?
Vuelve a tu madre quietú.
Andrescha, a ruina te alejas.
¿Por qué hombre el Bolivia dejas?
¿Por qué buscas la Pirú?»

Es sorprendente cuán poco ha cambiado este tipo de lenguaje cuando la coyuntura llega a la confrontación. Recordemos al expresidente Alan García llamando «perro del hortelano» a los indígenas amazónicos organizados para defender su tierra y territorio frente a la agresiva política de explotación auspiciada por el gobierno. Y que acabó en una masacre. Recordemos

un poco más atrás, las explicaciones de los oficiales a cargo de la represión de la subversión en las zonas rurales, resaltando el carácter taimado de los campesinos, que los obligaba a ejercer una práctica de abusos generalizados. O no vayamos tan atrás y leamos las declaraciones recientes de los oficiales encausados por la horrenda masacre de Cayara, una de las más infames del periodo de violencia política. Uno de esos casos que, por su barbarie y su casi prístina claridad sobre cómo se produjeron los hechos, parecería no ser posible de ser defendida o justificada. Y, sin embargo, eso es lo que acaban de hacer hace muy poco tiempo los oficiales a cargo del comando de la zona. Para ellos no había manera de distinguir un terrorista de un campesino. Lo dicen ante el juzgado, y de alguna manera eso les parece suficiente para explicar una masacre que incluyó a mujeres y niños, sin un combate de por medio, y el asesinato de todos los testigos sobrevivientes en los meses siguientes. El indio es, pues, esencialmente no confiable. Hay que anularlo¹⁸.

18 Las declaraciones de los generales en el juicio han sido recientes y cínicas. La abogada y defensora de derechos humanos, Gloria Cano, ha explicado con detalle el modo en que se produjo la masacre, el asesinato de los testigos y los mecanismos de impunidad que se han usado hasta ahora. <https://larepublica.pe/politica/2021/05/14/caso-cayara-militares-dicen-que-no-podian-distinguir-a-poblacion-civil-de-terroristas/> Para una presentación detallada del caso, ver el *Informe Final* de la Comisión de la Verdad y Reconciliación.

Hace poco, un político, exministro, blanco, integrante de los grupos de poder económico y político del país, escribió en sus redes sociales refiriéndose al malestar de Pedro Castillo que lo llevó a una clínica: «Parece que el abundante oxígeno de la costa le afectó por estar acostumbrado al poco oxígeno de la sierra. Nuestros mejores deseos para su pronta recuperación». Esta es una versión de la vieja expresión que «explica» que los indígenas no son inteligentes por falta de aire. Otro exministro y expresidente de la República, Pedro Pablo Kuczynski, hoy acusado de corrupción, dijo con bastante claridad hace algunos años: «Esto de cambiar las reglas, cambiar los contratos, nacionalizar, que es un poco una idea de una parte de los Andes, lugares donde la altura impide que el oxígeno llegue al cerebro, eso es fatal y funesto...».

El indio aparece como alguien taimado, ocioso, escaso de capacidades y que, además, se victimiza. En un foro de discusión sobre los resultados electorales, alguien agrupó en su descripción negativa a los andinos, serranos e indígenas:

«¿Y cuál es la mentira allí? Yo teniendo raíces de la sierra reconozco que el “sector andino” debe ser recontra extirpado de la política nacional. Jamás se van a quitar el parásito del socialismo, pese a que estamos en

pleno siglo XXI. Si quieren igualdad, que trabajen. Si quieren ganar igual que el empresario, que trabajen. Si quieren “mejores condiciones laborales” que trabajen para que emprendan. No, ¿qué chucha quieren? todo regalado!»

Las burlas por el uso del lenguaje, por no tener la pericia en el manejo fluido del castellano, pero, además, por no manejar los supuestos códigos «bien» del *marketing* político son constantes. Sin detenerse a pensar de dónde vienen contruidos tales estándares y si acaso son las únicas formas de establecer una comunicación política en un país multicultural. Dice un comentarista del foro, burlándose del «mote» del candidato Castillo: «Pueblo pueblo... Dile no al asno de chota». Dicen otros comentaristas sobre un reciente mitin: «qué mal se expresa, no es claro, no usa bien el tiempo, no habla como ejecutivo, ¿cómo va a administrar nada?»

Otros se burlan constantemente de su falta de pericia para la lid política, que claramente para estos comentaristas, domina muy bien la experta candidata Keiko Fujimori. Este tipo de comentarios son cuando menos curiosos. Algunos se hacen incluso desde un lugar que quiere que Keiko Fujimori pierda. Así que la voluntad de discriminar al candidato no es voluntaria.

Pero asumen que hay una forma correcta de hacer y decir la política. Esta debe ser eficiente, al modo en que lo es un CEO, un gerente, es decir, como en una empresa o, cuando menos, si no va a ser eso, que replique las formas retóricas de los políticos de antes, los viejos hombres ilustrados de oratoria florida. Anhelos empresariales y nostalgia patricia. Lo que parece a estas alturas increíble, es que no se pregunten qué cosa garantiza el uso de tales lenguajes. Está más que claro, para quien revisa la historia mundial, no solo la peruana, que usar este tipo de comunicación electoral produce invariablemente decepción. Es decir, que ser experto, tener pericia en las lides electorales no es algo positivo para la sociedad, es algo positivo para el candidato que satisface la expectativa de un tipo de público y podría ganar la elección con eso. Es un arma o un recurso que, en el fondo, ocasiona mucho daño. Es como si se celebrara la capacidad de unos personajes para engañarnos.

Pero esa crítica es sobre todo un automatismo. Hay otras que son mucho más francas en su agresión. En pleno desarrollo de su campaña de apoyo a Keiko Fujimori, el fascista Rafael López Aliaga se burló, públicamente, en un mitin frente a cámaras, de la supuesta incapacidad de Castillo para hilvanar oraciones o frases coherentes. Su desprecio sin embargo no se detiene allí, y logra destilar su verdadera esencia, el

miedo, y, por lo tanto, su respuesta radical, la desaparición de esa perturbación:

«Hay que ser tarado, pero, ser imbecil, para votar por una alternativa comunista. Lean lo que ha escrito Cerrón, porque lo que escribe Castillo solo da para una sola línea. En serio no sabe ni multiplicar... No seamos tarados (...) Muerte al comunismo, muerte a Cerrón, muerte a Castillo»¹⁹.

Este ánimo tanático como resolución del extrañamiento del que no se considera enteramente un prójimo, esta anulación, se expresa en sus peores formas como una mezcla de cinismo y absoluta falta de apego por la idea misma de derechos. Si una población estigmatizada colectivamente es considerada causante de las desgracias del país, de su falta de progreso, no es absurdo pensar en que su tamaño y natalidad deban ser «planificadas». Esto señalan usuarios de redes, indignados por el triunfo en primera vuelta de Castillo:

19 Se puede ver el video del mitin en este enlace: <https://elpopular.pe/actualidad/2021/05/08/rafael-lopez-aliaga-insultantes-pedro-castillo-mitin-favor-keiko-fujimori-62696>

«Todo es culpa de Fujimori por no esterilizarlos bien...»

«Ojalá ni bien gane Keiko los esterilice a toditos. Ahora hasta hay gases para lograr eso, así que ni cuenta se darán ellos o los progresimios».

Esto suena increíblemente en armonía con las recientes declaraciones de la candidata Fujimori, que, ante el caso de las esterilizaciones forzadas llevadas a cabo durante el gobierno de su padre, declaró que se trataba de «planificación familiar». Aquí es importante constatar varias cosas que pueden parecer obvias: que, al ser una persona perfectamente enterada de los pormenores del caso, o miente o cree realmente que se trató de un proceso legítimo de planificación demográfica de corte eugenésico. Por otro, que carece de una real capacidad de autorreflexión. Tercero, que no tiene el menor apego a los principios más básicos de los derechos humanos, como son el respeto a la vida y la integridad. Y que es capaz de sostener al mismo tiempo esta aberración y firmar al día siguiente un par de hojas lacradas declarándose una defensora de la democracia y los derechos humanos. Lamentablemente, es muy posible que muchos de los peruanos con mayor manejo de estos temas y sus detalles, y que están dispuestos a votar por ella, hayan decidido conscientemente no ver estos datos enormes de la realidad. Es

una apuesta por la ceguera, un dejarse gobernar por el miedo.

En este caso, no es solo miedo al indio, al indígena, sino, además, al indio profesor, con oficio, dirigente sindical, levantisco. Es un indio que está vinculado al Socialismo del siglo XXI, por lo menos como referencia y ejemplo, y que no lo ha negado. Sus referencias al expresidente indígena y dirigente cocalero de Bolivia, Evo Morales, han sido claras. El miedo al indio ingobernable, demasiado humillado, que, por lo tanto, solo espera una rendija para desfogar su resentimiento acumulado es un viejo componente de la mentalidad de los grupos de poder²⁰. Revela desprecio, pero también culpa. Tener miedo a una venganza es propio de quien tiene una cuenta o muchas, pero estas representaciones son parte de la subjetividad de las élites o, incluso, de las clases medias, que acomodan la realidad para que calce en ese molde de memoria antiguo. Un análisis más o menos serio de la coyuntura política y social del Perú no permite sostener nada como una futura guerra de castas, ni un peligro

20 Tema tratado para diferentes momentos de la historia por intelectuales como Charles Walker refiriéndose al legado de la rebelión de Túpac Amaru II en la mentalidad criolla, Alberto Flores Galindo, narrando el terror de los limeños a la plebe durante las guerras de la independencia, Maribel Arrelucea y Jesús Cosamalón sobre el miedo que producía la posible libertad de los esclavizados, entre otras muchas aportaciones.

para la soberanía, ni siquiera la posibilidad concreta de convertir al país en una república comunista o un anexo o réplica de los gobiernos de Hugo Chávez o Evo Morales²¹.

Y, sin embargo, el temor existe y es acrecentado mediante la manipulación. También por la reacción desproporcionada de los que se sienten amenazados, o quieren que los demás se sientan amenazados. Si el peligro es grande y terrible, hay que actuar, hay que prevenir incluso. Hay que poner a todos sobre aviso. Allí se conjugan los millonarios anuncios de propaganda en las calles de Lima y otras ciudades, con paneles luminosos y gigantes en las principales vías. Su objetivo no es informar, es generar un clima de zozobra.

Allí también juegan su papel los medios de comunicación más grandes, practicando casi desembozadamente una estrategia de campaña bajo la forma cínica de «informar», dirigida desde la televisión abierta, inundando de ansiedad a los sectores más pobres, los que son los principales consumidores de sus productos. Se sabe, porque lo han hecho público, que muchos periodistas que trabajan en esos medios no están de acuerdo con esta práctica, pero la línea editorial no es un asunto de trabajadores²².

21 Ver el comentario de Steven Levitsky, alguien muy alejado de tener simpatías por Castillo, en una entrevista para RPP en abril de 2021: <https://youtu.be/AP6oP68iPOI>

22 Uno de los actos más descarados al respecto fue el despido de

Allí juegan su papel las intervenciones de los militares en retiro que, además, ahora tienen en la práctica una bancada militar en el Congreso; anuncian, así, su cruzada de salvación de la patria. Lo han hecho antes, muchas veces, pero quizá nunca habían tenido un espacio tan sólido de representación. Se han mostrado muy activos en los medios de comunicación, desde donde se han empeñado en garantizar su defensa de la patria y la democracia, y su lucha contra el comunismo, algo que como fuerza tutelar sienten que les corresponde. Parte de su comunicado dice así²³:

la jefa de informaciones del principal canal de TV y Cable, lo que fue narrado por el accionista minoritario en una columna que no da para mayor comentario. Se trata de poner el canal y todos los medios del grupo El Comercio, el más poderoso del país, al servicio del triunfo de Fujimori. Los trabajadores de unos de los programas de domingo más importantes del país compartieron una carta de protesta ante este viraje que no garantizaba imparcialidad informativa. La respuesta de los dueños fue colocar como conductor del programa a un antiguo periodista neoliberal y plenamente «institucional».

- 23 Puede leerse completo en esta nota hecha al almirante José Cueto, virtual congresista de la República, por el diario *Gestión*, el 8 de mayo de 2021: <https://gestion.pe/peru/politica/jose-cueto-militares-en-retiro-mayoritariamente-estran-trabajando-en-apoyar-lucha-por-la-democracia-elecciones-2021-nndc-noticia/?ref=gest>

«En circunstancia en que la democracia, la libertad y la institucionalidad del país está en peligro, es necesario que nos unamos para defender los valores esenciales que son el sustento de nuestra patria (...)

Por eso, deponiendo diferencias, declaramos nuestro compromiso para apoyar el futuro gobierno de Keiko Fujimori en las áreas de Defensa Nacional, Seguridad e Inteligencia, trabajar en favor de la gobernabilidad, garantizar la institucionalidad y la no politización de las Fuerzas Armadas, la Policía Nacional y los organismos de inteligencia, que deben estar al servicio del Estado peruano y la democracia y no de una ideología o un partido político.

La amenaza comunista es real, inminente. No se trata de un simple cambio de gobierno, es la construcción de un sistema de gobierno basado en el “marxismo, leninismo, mariateguista” (...).».

Los militares sienten que deben tutelar a la sociedad, eternamente tutelable, infantil, inmadura para

reconocer su propio bien. Pero no solo lo piensan los militares, es una idea compartida por muchos grupos conservadores. Lo sabemos, pero, en esta coyuntura, lo que acumulan con la reiteración del mensaje son elementos para aumentar la sensación de desastre.

«Bien harían ahora las FF.AA. y sus *think tanks* en preocuparse por cumplir el deber de resguardar la independencia nacional (art. 165 de la Constitución) en peligro de ser hipotecada a los gobiernos del Socialismo de Siglo XXI, como se evidencia en la insolente intromisión de Evo Morales cuando se permitió declarar a voz en cuello: “Ayer, a nivel internacional, nos ha ido mal. Hemos perdido en Ecuador, pero ganamos en Perú”»²⁴.

El miedo es uno de los grandes protagonistas de esta coyuntura tan crítica. Miedo que se sustenta no solo en el dilema planteado por los candidatos, sino porque estos han movilizado viejas imágenes, que han mostrado una gran vitalidad. Si ya el marco es inesta-

24 Columna de J. Eduardo Ponce en el portal *El montonero* del 15 de abril, titulada «El Perú en peligro». Puede verse acá: <https://elmontonero.pe/columnas/el-peru-en-peligro>

ble y caótico, el miedo hace casi impracticable el ejercicio del razonamiento medianamente sereno. Impulsa a acudir a otras fuentes para legitimar o fundamentar una decisión que no pasa por el discernimiento²⁵.

Si hacemos un esfuerzo de gruesa simplificación, podemos organizar estos miedos, verlos al menos descritos, para preguntarnos cuál es el que nos afecta principalmente, y cuántos se intersectan y están allí, activos en este presente tenso.

El miedo al comunismo parece tener viejas raíces. Parece venir del siglo XX. No parece tan auténtico, suena impostado en esta coyuntura, pero actualizado en relación con el socialismo bolivariano, invoca al desastre humanitario de Venezuela, que los peruanos conocemos bien por haber recibido cientos de miles de inmigrantes de ese país. Es, por tanto, un miedo moldeable a las circunstancias. Quizá más propio de alguien muy tradicionalista, militar o de las élites.

El chavismo es un temor también de las élites, pero que incluye el miedo de los trabajadores, los empleados, la clase media. Es el miedo al empobre-

25 Una muy pedagógica reflexión en torno de los dilemas morales en política y el papel que, en teoría, podría cumplir la deliberación, nos lo brinda en una publicación reciente Gonzalo Gamio: *El experimento democrático. Reflexiones sobre teoría política y ética cívica*, Lima, Universidad Antonio Ruíz de Montoya, 2020.

cimiento, a las consecuencias de una mala política económica. Trae a los de mediana edad el recuerdo del gobierno de Alan García y la hiperinflación, las migraciones al extranjero, el desarraigo, la miseria.

No menos importante es que el chavismo, o «ser Venezuela», parece que también es un temor de los jóvenes, sobre todo de sectores urbanos, que las encuestas más recientes muestran apoyando crecientemente a Fujimori. Puede que sorprenda que parte de lo que apresuradamente se quiso construir como una generación crítica y rupturista, «La generación del bicentenario», pase en pocos meses a ser más bien conservadora. Es posible que el error no esté en su aparente conducta contradictoria, sino en haberles endilgado un membrete para domesticar lo más radical de su protesta. Antes ya habíamos observado que el estallido de noviembre de 2020 parecía mucho más un pedido bastante angustiado de algo de normalidad, de poner un umbral a la locura, la enfermedad y el caos. Los jóvenes ahora parecen estar expresando lo mismo. Una opción por acceder a su parte de la normalidad perdida, de ese espejismo del milagro peruano. La pandemia los ha empobrecido duramente, dejándolos con pocas perspectivas laborales, de ahorro, de estudios, de inserción en general. El chavismo para ellos no es una disputa demagógica como para los grupos de poder, es la cotidianidad de los cientos de miles de

refugiados que viven en sus barrios y que tuvieron que huir del régimen autoritario de Maduro. De todas las cosas tristes que venimos compartiendo hasta acá, qué detestable es sentir que el país ofrezca a nuestros jóvenes tantas alternativas renovadas de miedo, de buscar amparo en lo gris para no caer en lo más oscuro.

El terrorismo es un miedo general, una ansiedad nacional que ha llegado a ser casi un temor primigenio, irracional, por lo que puede ser más manipulable aún, si cabe. Aunque es posible que, en tanto ha sobrevivido tantos años más como una amenaza o un «relato», este afecte más a los consumidores de él, que son las poblaciones urbanas, sobretodo, de Lima. Curiosamente, por lo menos en su modo más histérico, las regiones más afectadas por el terrorismo no viven este posible retorno con igual ansiedad. Quizá porque saben identificar y diferenciar realidad y relato. Y porque, más bien, han sido víctimas de la estigmatización que derivó del discurso antiterrorista, más que del terrorismo en las últimas dos décadas. La excepción a esta figura la darían los comuneros organizados en los Comités de Autodefensa, que no tienen miedo, pero sí una postura frente a este peligro potencial, que les permite reactivar una agencia olvidada.

El fujimorismo es un miedo de las clases medias y bajas, los trabajadores y los jóvenes universitarios. Es multigeneracional, pues no se necesita mucha memoria para atestiguar el daño que ha causado este tipo de

organización hasta fechas muy recientes con su control del congreso de la república. Este es el miedo a la anomia. A la definitiva desintegración moral. Al reconocimiento de que quien ganó en 40 años de historia de lucha contemporánea ha sido uno de los malos de la película. Hay temor en los más pobres al fujimorismo, porque han conocido varias cosas: el empobrecimiento de la crisis actual, que pide a gritos cambios y no mano dura; el clientelismo que los ha intentado comprar por décadas y que ahora saben, mejor que antes, que no ha cambiado su suerte esencialmente; la consciencia de que la corrupción que el fujimorismo claramente representa no es un asunto solo de grandes esquemas, pues afecta la vida local de modo grave.

También está el miedo mucho más concreto y acuciante de todos los amenazados por el retorno del fujimorismo, en tanto responsable impune y orgulloso de violaciones masivas y sistemáticas de derechos humanos. Las organizaciones de afectados por la violencia, el movimiento de derechos humanos, los líderes sociales, tienen razones muy sólidas para temer no solo el definitivo estancamiento de los procesos de esclarecimiento, búsqueda de los desaparecidos, reparaciones y justicia; sino que tienen buenos argumentos para sentir que corren riesgo. Acá hay un válido temor a la venganza o la persecución. Desde este lugar es imposible dar crédito a un juramento de fidelidad a la democracia, cuando no se ha revisado la conducta

y, además, se declara abiertamente que se indultará a Alberto Fujimori, uno de los pocos condenados por este tipo de casos.

Una variante del miedo al comunismo, que podría ser mucho más activa, es el miedo a las reformas, al cambio estructural, a la posibilidad de que se ponga en duda el carácter natural de la economía neoliberal; que se la vuelva a considerar lo que es, una parte de la vida social. El miedo al cambio ha tenido eventos traumáticos para los grupos de poder en nuestra historia reciente. Y se relacionan menos con Sendero Luminoso, que con el gobierno militar de Velasco Alvarado.

Velasco es el que, al parecer, realmente da miedo. Él es el que se relaciona con Túpac Amaru II. El terrorista es él. El uso de Sendero Luminoso es importante también, pero va dirigido a otro público. Sendero Luminoso es, sobre todo, peligro, caos, violencia. No queda claro cómo sería en la práctica la violencia del gobierno de Pedro Castillo. Pero sí parece más claro cómo podría ser o intentar ser reformador. El miedo a Velasco es grande. Recordemos que, en la primera vuelta, se pospuso la transmisión del documental *La revolución y la tierra* por el canal de televisión del Estado, bajo el pretexto de no interferir en el proceso electoral. Puede parecer un despropósito, pero, en este caso, está muy clara la relación: ese documental hace recordar que las cosas se mueven, que la vida social es un proceso, que los supuestos consensos alcanzados

sobre formas de vivir, formas de relacionarnos, formas de producir, consumir y distribuir el trabajo y la riqueza son parte de la dinámica y, como todo en la historia, está sujeto a transformaciones.

«Hay mucha gente que discrimina, que menosprecia, pero aquí Pedro Castillo es la voz del pueblo, es el Túpac Amaru que esperábamos, que ha vuelto para reivindicar a estos pueblos profundos. Hemos esperado 200 años para tener un peruano bien nacido que demuestre que sí podemos (...) [tener a un maestro y rondero como presidente será] la dignidad más grande de la gente de abajo, con ojotas, con sombrero».

En realidad, el miedo al fantasma de Velasco es el miedo a las reformas. Los miedos más chirriantes hacia el comunismo, el terrorismo y el chavismo, en el fondo, son versiones más manifiestas, más estridentes, de lo mismo. Es el miedo al cambio. Para muchos peruanos, el miedo al cambio tiene profunda raíz, pues el cambio solo le incrementa su incertidumbre, su soledad y sensación de nimiedad. Pero, para los grupos de poder, el miedo al cambio es el miedo a la pérdida de la posición de dominio. La pérdida del control he-

gemónico sobre una pirámide social que se mantiene sobre muchas ilusiones. Y la pérdida de varios sentidos comunes que han dado soporte a su privilegio, entre ellas: que lo económico es una naturaleza; que lo político es solo una forma de administración; que no hay bienestar común, solo premio individual; que fuera del mercado, no hay otra opción de vínculo social; y que no existe la solidaridad, que el lucro es el valor que mueve al mundo.

Como un subrayado de estos tiempos y estos miedos superpuestos, una exaltación figurativa de su contenido, en los actos públicos de Pedro Castillo, lo suele acompañar, además de un muñeco del lápiz, su emblema partidario, un personaje muy alto y fuerte, que representa a un Inca. Parado a un lado o detrás del candidato, parece estar allí con su simplicidad, contrarrestando un viejo mal descrito por Cecilia Méndez. En este caso, indio e inca, al menos en la postal, van de la mano ofreciéndose en una continuidad que no es fácil de descifrar. Hay de democrático en esto, pues al apropiarse de un emblema del pasado que, por lo general, ha sido presentado como contra ejemplo, para mostrar lo tristes que son los indios reales, lo involucrados que han devenido vistos desde las cumbres de sus antepasados prehispánicos, al restaurar el vínculo entre los ancestros y los hijos, quizá algo se normaliza y se sana. Pero también hay de conservador, en tanto discurso milenarista que ata a valores indiscutibles, que desta-

ca lo «no tocado por lo occidental», negando nuestra rica hibridación, que enfatiza lo andino en detrimento de todas las otras fuentes de diversidad del país, y que quiere mostrar una historia que tiene dos episodios valiosos en 500 años, olvidando la rica y compleja historia de la política de los que integran los pueblos del Perú. Pero, quizá, como suele ser costumbre entre los que escribimos demasiado, esté diciendo mucho más de lo que esa sencilla *performance* representa.

Si esos son los temores, y el principal es el cambio, es en torno de este que se articulan los esfuerzos de estigmatización. El estigma es una forma de desacreditar por tener una mancha. En este caso, la mancha es estar fuera de lugar e invocar fantasmas. Todos los que episódicamente confluyen hoy en un voto por Castillo, no son rivales, son un error. Sus males son contagiosos: descolocan, traen de vuelta peligros que se creían superados. Todo ese peligro debe ser enfrentado mediante el señalamiento. Por eso, las posibilidades de estigmatización ahora son casi pura potencia, infinita en sus posibilidades: porque se puede asignar indiscriminadamente y de modo preventivo.

La estigmatización se suele interpretar, en estos casos, solo como un agravio, algo parecido al insulto racista. El terruqueo parece jugar el mismo rol que el choleo. Pero no es así. Es mucho más. Este modo de estigma tan amplio, tan general y preventivo, tan indiscriminado y, por lo tanto, tan amenazante, porque

casi no necesita de justificación por un acto, sino por lo que se representa o lo que se podría hacer, cumple un rol relevante en la configuración de nuestra realidad actual.

Es cierto que el terruqueo busca expulsar del campo de la comunicación o el intercambio político legítimo al señalado. Y esto ya es un recurso de dominio relevante, pero intuyo que la permanencia del discurso del antiterrorismo en el Perú y en el mundo, su constante renovación de contenido, aunque los años y las generaciones pasen, no tiene solo este efecto de policía del pensamiento, ni de legitimación del abuso²⁶.

Su preminencia, su uso tan extendido en sociedades tan disímiles, hace pensar en una función más profunda. Es posible que el estigma terrorista esté actuando como un tapón. Como el mecanismo discursivo y emocional que hace más difícil acudir a la enorme reserva de tradiciones culturales que las luchas sociales y progresistas han acumulado en décadas de resistencia, derrota, aprendizaje y reflexión.

El estigma quizá debamos empezar a verlo con estos ojos. Como una de las técnicas del poder establecido para impedir un regreso o relegitimación de todo un campo semántico, un lenguaje, un imaginario, una memoria de izquierda que se había considerado deste-

26 Cecilia Méndez hace una importante reflexión y reconstrucción histórica de la figura del terrorismo en el Perú de los siglos XIX y XX en un ensayo de próxima aparición.

rrada para siempre. Luchar contra el estigma y el terruqueo, en el país y en el mundo entonces, no es solo defenderse de una discriminación, sino, sobre todo, volver a colocar como acervo disponible un mundo de sentidos que presten un soporte más sólido, más arraigado en la historia, en la autorreflexión y la auto-crítica, a los diferentes movimientos sociales que, en los años que vienen, no solo seguirán defendiéndose del capitalismo biológico, feroz, sino que —ojalá— puedan emprender un gran esfuerzo de lucha por recuperar el mundo de derechos sociales perdidos.

EPÍLOGO: EL MIEDO A LA DEMOCRACIA

Páginas atrás mencionábamos la broma cruel que parece habernos jugado la historia, colocando a un grupo como el fujimorista, que no es que tenga limitaciones o pocas credenciales democráticas, sino que es directamente antidemocrático y corrupto, como salvador de la democracia. Parece un juego de palabras, y quizá sí, lo sea.

Este juego de palabras es lo que agrega a la conjunción de tiempos y miedos otro elemento que contribuye a esta vivencia del momento actual tan cuesta arriba, tan confuso y lleno de ansiedades. Todo parece carente de sustancia, sostenido solo por la repetición verbal o visual.

Es posible que, como pocas veces antes, estemos viviendo un momento de disociación profunda entre realidad social y lo que podemos llamar “consensos imaginarios sobre la realidad”, que, aunque no contienen verdad, nos permiten seguir viviendo. Estos consensos o acuerdos tácitos sobre la existencia de instituciones, sistemas o actores que no se corresponden con los procesos sociales macro, o lo que produce la interacción cotidiana entre las personas, tienen la propiedad de ser plenamente funcionales y no necesitan el respaldo de la verdad para ejercer como entidades, generar efectos y suplantar a la realidad, en este caso, política.

Debido a que sostienen, sobre todo, una ilusión de sociedad estándar, estos consensos acaban siendo mecanismos de conservación del *statu quo*, que casi hacen imposible el uso de un lenguaje crítico, pues este chocará a cada instante con su desautorización, por lo que colectivamente se considera lo auténtico y obvio.

Las razones para el predominio de tal ilusión colectiva pueden ser muy profundas. Sin duda, hay una enorme crisis de la función social de la verdad, de la tradición de la argumentación, del contraste y la reflexión, y también hay una creciente angustia por aferrarse a una serie de ilusiones que reducen el mar de incertidumbre y soledad del sujeto posmoderno.

Lo cierto es que, para pensar nuestra particular coyuntura, es difícil pasar por alto la radical fractura entre lo que pasa y lo que se dice que pasa. Entre lo que se puede construir mediante el esfuerzo de la inteligencia y lo que se impone con su sola mención o repetición, como si algunas palabras se hubieran desvinculado de su contenido social y se bastaran a sí mismas para cumplir el rol que antes cumplía el proceso social que la palabra designaba.

Todo esto, lo sé, suena confuso, pero se entiende mejor con ejemplos. Desde hace muchos años, llamamos partidos políticos a grupos de poder que se disputan la administración del acceso y la administración de los recursos lícitos e ilícitos de los territorios (sean locales, regionales o nacionales). Actúan mucho más descriptivamente como grupos de interés, redes empresariales y, en el peor de los casos, como mafias. Lo hacen, además, bastante abiertamente. Incluyen como parte de su interés de control todo tipo de tráfico; desde el de personas al de drogas. Los ejemplos son casi infinitos y algunos de estos grupos han participado de las actuales elecciones. Pese a toda la evidencia sobre esto, los medios de comunicación, los líderes de opinión, las ONG, incluso nosotros, los intelectuales, no nos detenemos demasiado en estas consideraciones y los llamamos partidos, e intentamos explicar sus conductas y posiciones a partir de esta denominación. Una vez tras otra, el tiempo nos mostrará que es más

fácil explicar el accionar de estos grupos considerando sus contiendas por controlar la gestión de estos negocios, pero, de todos modos, insistiremos y los llamaremos partidos.

Pasa lo mismo con otras instituciones o personajes, como si se tratara de una película de Fellini: gentes de lo más vulgares y transparentes a la vez, empeñadas en controlar espacios, tomar el aparato público para hacerse del botín de las inversiones y de la administración de la corrupción; gente que directamente está enjuiciada por malversación de fondos, estafa, sobrevaloración, cohecho, organización para delinquir; gente que lleva juicios o ha purgado condena por narcotráfico, corrupción, violación de derechos humanos. Todo eso y más, pero esas personas son presentadas, sin ningún tipo de duda o titubeo, en medios de comunicación, en espacios públicos, en reuniones y gestiones, como líderes o actores políticos.

Hace poco un grupo de estos personajes llevó a cabo un golpe de Estado. Hoy, como si nada hubiese pasado, siguen en sus puestos en el Congreso, recibiendo el trato de “padres de la patria”, recibiendo un sueldo e, increíblemente, legislando, ejerciendo el poder.

Pongamos un ejemplo sencillo y reciente: las iglesias católica y evangélica y dos instituciones de la sociedad civil lanzaron una iniciativa estos días, invitando a los candidatos Castillo y Fujimori a firmar una “proclama” para que se comprometieran con la democracia.

Obviamente, estos la han suscrito. Y aunque se logra lo propuesto, y algo de bueno debe de tener a la larga, todos sabemos en el fondo que es un acto inútil.

Esta *performance* de lo correcto nos permite observar varias cosas. En primer lugar, que es real, que tiene entidad, no es solo farsa, no es tan simple. Algo sucede, hay una interacción entre actores y todos tienen distintas expectativas. Castillo y Fujimori participan instrumentalmente, con mucha más consciencia del estricto sentido formal, casi protocolar y teatral del evento. Saben que la firma no los ata, que el contenido es casi irrelevante. Pero que jugar a que lo es sí es relevante.

Los demás actores, los promotores de la iniciativa, los medios, el público, no podemos escapar fácilmente al hechizo de la irrealidad. Y de alguna manera, satisfechos en nuestras expectativas con el puro gesto vacío, hacemos *check*.

Hay, sin embargo, quienes, por estar íntimamente involucrados en lo que se está representando, logran señalar que lo que está sucediendo no es algo sincero. Grupos organizados de afectados por la violencia política protestan y se sienten traicionados por sus aliados de la sociedad civil, por prestarse a que estos personajes, sobre todo Keiko Fujimori, usen este regalo para sumar a sus campañas.

No hay mala fe en los que convocaron a la firma. No se les puede pedir mucho más. Están, como casi todos nosotros, atrapados en un tipo de lenguaje que

no se corresponde con la realidad política. Esperan que una proclama sea una proclama, que, aparte de su nombre, implique, además, conceptos firmes como confianza, honestidad, promesa, palabra. Proclama hoy se escribe igual que hace un siglo, pero no contiene ya estos elementos. Hoy casi no contiene elementos semánticos relevantes. Es solo un recipiente vacío que se usa para engañar, se llena de las intenciones de los que la usan; y si ese contenido es malicioso, la proclama también lo tendrá.

Los que han hecho este esfuerzo creen que este tipo de documentos pueden reducir el margen, presionar, marcar la cancha. Se esfuerzan en creer, además, que hay algo así como “compromiso” entre los valores que entran en juego, actualmente, en nuestras relaciones. Se basan en su memoria y sus propios sentimientos, no en la práctica. El compromiso se ha evaporado hace décadas como un elemento válido de la relación entre sociedad y política. No existe. Por el contrario, está muy vigente su negativo, el engaño.

Algo especialmente triste en este desplazamiento de la realidad es la constante invocación a conceptos muy importantes, como “república” y, sobre todo, “democracia”. En este breve ensayo, hemos visto de qué modos absurdos pueden ser invocados por sus enemigos directos.

Hay algo fundamental que nos va dejando esta coyuntura tan álgida: la democracia no es solo una

palabra, ni es solo un modelo que nunca se alcanza. Es algo que se vive, que se construye, que avanza y retrocede, pero que tiene un contenido substantivo que lo distingue de otro tipo de regímenes o de culturas políticas, como el totalitarismo o el despotismo. La democracia implica procesos imperfectos y de larga duración, que tienden a ampliar las libertades, que suponen dignidad en los sujetos sin ninguna distinción, y que requiere el bien común para que estas cualidades se puedan desarrollar. La democracia es un tipo de cultura y actividad que se opone de distintos modos, en diferentes momentos y con distinta suerte, a la dominación, la instrumentalización de las personas y la violencia. Es decir, es también un proceso social, algo que no se gobierna del todo y que no está acabado ni ganado definitivamente solo porque así reza una constitución. Es importante que esté en los documentos, pero donde realmente se expresa es en la vida de la gente. Por eso, quizá debamos llegar a esta conclusión: en este momento, lo que prima es el miedo a la democracia.

Este miedo a la democracia se vive desde muchos lados. Hay que reconocerlo, casi todos quisiéramos que nuestros rivales, en esta coyuntura electoral, no se expresaran, que desistieran de su opción. Los que, como el que escribe, participan de la resistencia contra el grupo de poder fujimorista quisiéramos que nuestros compatriotas abandonaran la contienda y no

acudieran a votar. Pero no tenemos más que nuestros deseos culposos. No podemos evitar que alguien haga algo. Aunque realmente lo intentáramos, carecemos de ese poder. Nuestro miedo no es, pues, tanto a la democracia en sí, sino a la falta de un marco que la haga posible.

Los grupos de poder hegemónico, por el contrario, sí temen a la democracia, a su substancia. Desprecian a los electores que no comparten sus propuestas, que se alejan de la expresión de sus intereses. La democracia puede desestabilizar su lugar como élite que no rinde cuentas y reformar estructuras injustas, pero que son parte de su poder. Su miedo a la democracia es, al mismo tiempo, su menosprecio del diferente y, por eso, activamente, trabajarán en su sabotaje. Y a este sabotaje de la democracia, sin rubor alguno, lo llamarán *defensa de la democracia*.

Quiero finalizar con una última digresión sobre lo que significa votar en el Perú de 2021, año de la pandemia, de la crisis, de un reciente golpe de Estado, del bicentenario de la independencia. Se ha insistido en la falta de entusiasmo de la ciudadanía ante el proceso electoral. Quizá, más allá de todo lo escrito, lo más cierto siga siendo que nadie quiere votar por nadie, que la desconfianza es abrumadora, y que lo que nos obliga a hacerlo es el miedo. En un escenario así, los triunfadores apenas sí son los excedentes de esta negatividad. Pero, ¿por qué debería ser de otro modo?

Es muy posible que, en esta indiferencia de fondo, solo movilizable por el miedo, haya aprendizaje y madurez. Las elecciones de las últimas décadas y, con más angustia, las de los últimos cinco años han demostrado a la ciudadanía que no hay posibilidad de elegir bien, que votar en la práctica trae daños, y no daños superfluos, sino daños que se expresan en miseria, abuso, enfermedad y abandono. Votar en el 2016 trajo un largo periodo de inestabilidad y crispación que acabó con una renuncia, gran corrupción, un presidente alterno que también acabó acusado de corrupción, y un sinfín de tragedias enormes. Votar para el Congreso el 2020 trajo casi directamente el colapso del país, en términos de gobernabilidad, como principalmente en términos sanitarios y humanitarios. Con los votos, en los últimos años, los peruanos de los sectores más pobres casi que se suicidan periódicamente. ¿Tiene mucho sentido pedir entusiasmo por participar en estos juegos del hambre pre-apocalípticos? Incluso, puede haber un rezago de solidaridad en este desapego: votar daña a los demás. Sin embargo, acá estamos, a pocos días de volver a hacerlo, porque es inevitable, porque alguien, de todos modos, debe ganar.

En un momento como este, podría ser una buena opción tomar conciencia de todos los miedos que nos agobian y asumirlos. No se pueden dejar simplemente de lado. Pero quizá sí se los podría ubicar junto a otros sentimientos más creativos: la perspectiva del tiempo,

la importancia del cambio. Un voto es una responsabilidad, pero no nos define como personas, y no da por culminado nuestro hacer político. Votar es parte de la política, no es *la* política.

No hay por qué engañarnos, menos en circunstancias tan límites. Los candidatos no están a la altura de tan profundos desafíos. Pero volvamos a tomar perspectiva, hagamos memoria, y comprobemos que esto no es inusual, que, más bien, es lo corriente. Miremos ahora hacia adelante, hacia el futuro y veamos, sin mucho esfuerzo de la imaginación, que estaremos muy posiblemente compartiendo procesos de recuperación de derechos; tercamente, persistiendo en generar cambios que nos ayuden a recuperar el vínculo social y la idea del bienestar; luchando por reinscribir en nuestras relaciones la idea del prójimo. Esa posibilidad de encuentro, de comunidad que incluya también a los que hoy son los adversarios, estará más cerca si optamos por la posibilidad del cambio, por la empatía hacia los que más sufren, antes que por la inmovilidad y la consagración del desapego, de la negación y el egoísmo.

El Perú del 2021 será, sin duda, un hito en la memoria de los futuros peruanos, un pozo hondo en la línea de tiempo de varias generaciones. Quizá ahora no se aprecia con claridad, pero estamos afrontando una tragedia que, aparentemente, nos llevará al borde de la disolución como comunidad. En este breve pero potente ensayo, José Carlos Agüero nos invita a detenernos para pensar y compartir ideas sobre nuestro porvenir como nación. Es un llamado a optar por el cambio y, sobre todo, a identificar nuestras futuras demandas para recuperar, poco a poco, el control de nuestras vidas y destinos, sabiendo que, en los años que vienen, habitaremos este país sobre los escombros del presente.

José Carlos Agüero (Lima, 1975) Historiador y escritor. Investigador en temas de memoria histórica. Ha publicado *Los rendidos* (IEP, 2015, traducido al inglés por la Universidad de Duke), *Enemigo* (Intermezzo tropical, 2016) y *Cuentos heridos* (Lumen, 2017). Fue coeditor junto a Pablo Sandoval de las *Obras Escogidas de Carlos Iván Degregori* (IEP, 2011 - 2017), y coautor de *Secretos a voces y Atravesar el silencio*, estudios sobre la memoria en la escuela pública. En 2017 publicó *Persona* (FCE, 2017), por el que fue reconocido con el Premio Nacional de Literatura 2018 en la Categoría de No ficción.